

colgante y otro muy bello de madera atraviesan el Maitai y Nelson puede enorgullecerse de poseer el primer ferro-carril que haya surcado el suelo zelandés.

Un excelente camino conduce de Nelson en dirección al Sur por medio de los distritos de Waimea y de Wauti, cubiertos de vegetación. En este suelo de aluvion las quintas y grupos de quintas se elevan rápidamente, y poblaciones grandes y pequeñas se forman en todas partes. Allí se halla Richmond con el *Hotel de la Estrella y de la Liga*, cuyo propietario se esfuerza por conservar en los antipodas la fama de nombre tan célebre; mas lejos Stoke, Hope, Spring-Grove, Wakefield. Dos nombres alemanes encontré allí, *Ranzau*, á poca distancia de Richmond, y Sarrau cerca de las colinas Montere. Una multitud de traviesos muchachos de ojos azules y rubios cabellos, me saludó en esta última localidad; pero los viejos, simples labradores de Mecklemburg y de Hanovre, se quejaban amargamente de la mala fe de los agentes que los habían conducido allí, de las crueles decepciones y sufrimientos porque tuvieron que pasar, hasta que por sus propios esfuerzos llegaron en fin á una existencia soportable. Mas al Oeste, aun al pie de las cadenas de montañas, se hallan las fértiles llanuras de Riovaka y de Motuka, que hace quince años estaban desiertas; hoy con sus praderas en que pacen numerosos ganados, con sus cultivos, sus vergeles y sus casas europeas, mas sus montañas de nieve en el último término, presentan un cuadro encantador, recordando nuestros magníficos valles de los Alpes.

Si se quiere tener una idea de la suma de trabajo que ha sido necesaria para convertir estos valles en risueños campos, no hay mas que remontar el curso del rio que las atraviesa. Una jornada basta para penetrar mas allá de la zona cultivada en los distritos meridionales, donde los leñadores y pastores forman los puestos mas avanzados de la agricultura, y donde muy luego comienza el desierto de un terreno virgen apenas pisado por el pie humano, bosques, matorrales, pantanos. Las pobres cabañas de estos rústicos, que ofrecen hospitalidad y amistoso afecto, toman en los límites de la naturaleza salvaje la importancia de un oasis en el desierto ó de una isla en el inmenso Océano. Se experimenta un sentimiento extraño abandonando las últimas cabañas habitadas, para explorar regiones desconocidas, donde ningun camino guia, ni se descubre una señal de la existencia humana en todo lo que la vista alcanza. Adelántase penosamente por medio de bosques y zarzales, se sigue por las orillas de los rios pisando un musgo monótono, se atraviesan hasta con peligro rápidos torrentes, se trepa por rocas y montañas, se arrostran, en una palabra, dificultades de todas cla-

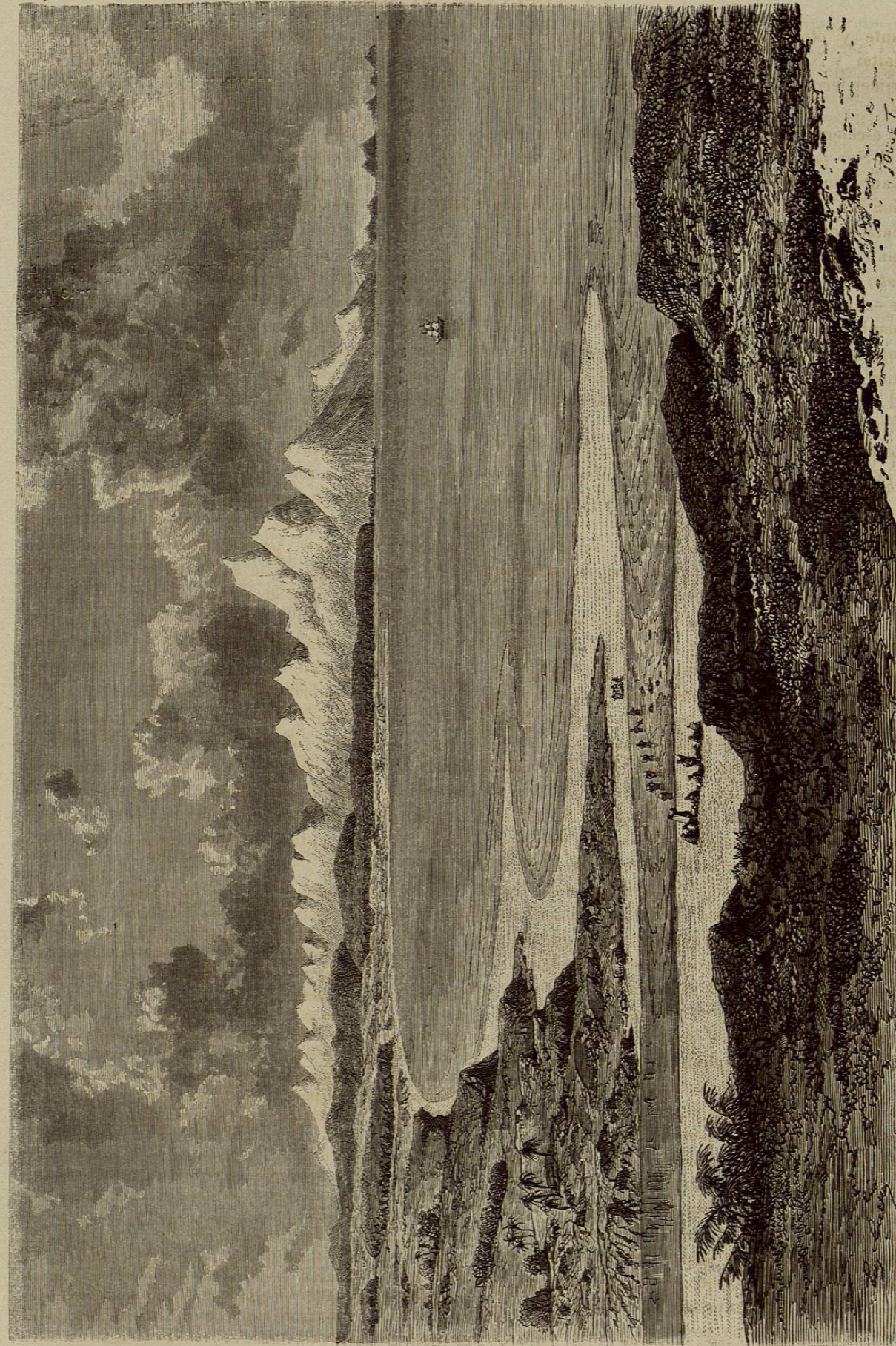
ses (1). Nadie puede decir á dónde vá; pero se mira con júbilo desde lo alto de las cimas el paisaje hasta allí desconocido. Colinas, valles y rios carecen aun de nombre y se les bautiza segun el humor del momento, con un recuerdo de la patria ó de un amigo ausente, y se trasporta uno en espíritu á los tiempos futuros en que estos valles y llanos estarán habitados hasta en las nevadas montañas que en lontananza se columbran, y en que cómodos caminos permitirán llegar en un dia al punto que hoy exige una semana de fatigoso camino.

Tawai-Punamu está atravesado de Norte á Sur por una cadena de montañas que forma como la columna vertebral de la isla. Las nieves perpétuas que cubren las crestas de esta cadena, la elevación de sus vértices, alguno de los cuales llega á 4,000 metros, la profundidad de sus ventisqueros y la extensión de los lagos que comprenden sus valles, le han valido el nombre de *Alpes meridionales*.

La provincia de Nelson, sobre todo en la parte del Mediodia, poco explorada hasta ahora, es rica todavía en vastos dominios, propios para la agricultura y pastos; pero el seno de la tierra abunda tambien en ricos minerales, que en su mayor parte se explotan actualmente.

A estos tesoros mineralógicos debe en efecto Tawai-Punamu el rápido desarrollo de su prosperidad y población. El descubrimiento de las riquezas auríferas de la Australia no podía dejar de producir una gran sensación en una colonia tan jóven é inmediata á la Nueva-Zelanda. En efecto, muchos la abandonaron por el nuevo país del oro; pero muy luego se comenzó á buscar el precioso metal en la misma Nueva-Zelanda, y en octubre de 1852, se formó en Auc-

(1) No hay montañas mas salvajes, mas cubiertas de bosque ni mas quebradas que las de la Nueva-Zelanda: no las hay tampoco mas vírgenes, gracias ante todo á sus impenetrables bosques que las pueblan hasta la zona de las nieves, y en segundo lugar á su elevación, que no será menor que la de Mont-Blanc y Mont-Cook que tienen 4,300 metros. Solo hay un medio posible de viajar por estas alturas, y es no salir nunca de las crestas donde el bosque es menos espeso: apenas se baja un poco, se encuentra uno en sombra tan densa que tiene que andar á tientas, y un poco mas lejos se ve detenido por masas vegetales, llamadas *scrub*, donde ni una serpiente podría penetrar. Compréndase por esto cuán penosa es la vida del explorador en tales parajes, para pasar de una á otra montaña que no dista 2 kilómetros, no basta una jornada. Hay que dormir continuamente en alturas de muchos millares de metros; constantemente tiene uno que echarse á nado, no se encuentra caza comestible, con frecuencia se pierde uno; y si las provisiones se agotan no hay otro remedio que sustentarse con raíces. Un audaz viajero desapareció una vez y estuvo perdido por espacio de diez y ocho meses en las montañas. Despues de tan largo periodo apareció una mañana en Nelson con vida y salud. No hay que decir que su aparición produjo tanto efecto, como hubiera producido la del mismo Cook. Pero no todos los que se pierden son tan afortunados.



Los Alpes del Sur y el monte Cook, visto desde la costa occidental de Tawai-Punamu.

kland un comité que prometía una recompensa de 500 libras esterlinas á quien descubriera en la isla del Norte un criadero aurífero de importancia. Sus esperanzas no quedaron defraudadas: muchas tentativas hechas en la provincia de Auckland no cubrieron gastos; y las investigaciones se llevaron entonces hácia la isla del Sur en la provincia de Nelson primero y luego en la de Otago, donde tuvieron un éxito brillante.

La fiebre de oro no invadió los ánimos hasta 1861. Millares de hombres acudieron en medio de la mala estación y por caminos impracticables al dorado del río Tuapeka, á 80 millas al Oeste de Dunedin y en el intervalo de algunos meses probaron por los productos de su trabajo que la Nueva-Zelanda forma parte de las comarcas auríferas mas favorecidas.

Las primeras noticias de esta exploración llevan la fecha del mes de junio. El hombre que podía resistir al mal tiempo, ganaba, según me han dicho, de una á dos onzas de oro (de 3 á 6 libras esterlinas). Tan fabulosa ganancia fue un poderoso atractivo para los aficionados, y en fin de julio había ya reunidos cerca de dos mil mineros en Gabriels Gully y en el alto Tuapeka escarvando la tierra en todas direcciones. Una ciudad improvisada, que no contaba menos de seiscientas tiendas, se extendía como una serpiente en una comarca ahora desierta: el sacudimiento eléctrico de la provincia de Otago se extendió rápidamente á los demás distritos, y de Canterbury y de Nelson, de Wellington y de Hawkes y hasta del mismo Auckland, centenares y miles de hombres se lanzaron hácia la provincia que prometía tantas riquezas.

Las noticias del Waikato y de la guerra maorí que hasta entonces habían suministrado materiales á los periódicos de la Nueva-Zelanda, quedaron sin interés ante las de Dunedin y Otago; y según un narrador humorista, las nodrizas de la colonia arrullaban á sus niños con esta canción.

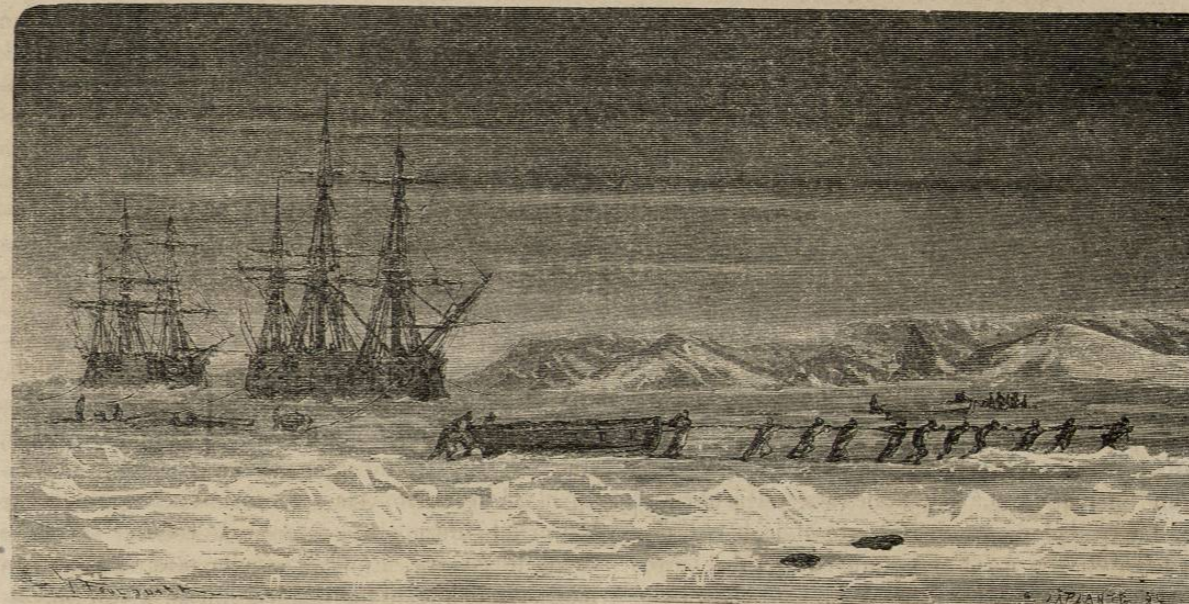
«Oro, oro, y mas oro
Fino y hermoso,
¡Wangapeka y Tuapeka!
Oro y mas oro.»

Estos sonidos metálicos, despertaron los ecos mas allá de los mares: los orófilos de Victoria abandonaron los campos de la Australia, donde la concurrencia era mucha, y dos meses después de las primeras noticias que cundieron con increíble rapidez, todos los mineros australianos acudían en tropel hácia Otago. Llenaban las calles y los muelles de Melbourne; los marineros desertaban de sus barcos, y la especulación se apoderó del campo que les estaba abierto en la Nueva-Zelanda. Hácia mediados de setiembre de 1861, no había menos de veinte y tres barcos fletados con destino á Otago, figurando en este número los mejores *clippers* de Liverpool y de Londres. Los mineros no se embarcaban solos, sino que se les unían especuladores de todas clases. A fines de setiembre se calculaba en mil el número de personas que arribaban diariamente de Melbourne á Otago, llevando á sus costas, hasta entonces solitarias, un tumulto y una confusión desconocidas.

Con la extensión de los criaderos auríferos y la llegada incesante de los mineros, tomó la explotación tal desarrollo, que en enero de 1862 el producto total de oro esportado de Otago á Europa montaba ya á mas de 25.000.000 de francos. Tres años apenas han corrido desde entonces y este tiempo ha bastado, gracias al impulso dado por la fiebre de oro, para hacer en Dunedin, capital de este distrito, una ciudad mas poblada, mas floreciente y mas industriosa que Auckland, y para permitirle abrir en su suelo, que en 1839 no ofrecía á Dumont d'Urville mas que unas sesenta barracas de indígenas ó aventureros europeos, una *exposición universal*, donde actualmente (1865), y en torno de un obelisco gigante, que representa la masa de oro puesta en circulación por Otago, se agrupan los productos naturales y manufactureros de las cinco partes del mundo.

Así es como á una edad de oro, muy diferente de la de los poetas, la Nueva-Zelanda hace suceder la edad de bronce y de hierro de la ciencia, del arte y de la industria.

E. JONVEAU.



Navíos detenidos por los hielos.—Spitzberg.

EL SPITZBERG,

POR M. CARLOS MARTINS.

1858-1870.

Situado bajo el meridiano de la Europa central y la península escandinava, entre los 72° 30' y 80° 50' de latitud, el Spitzberg es, por decirlo así, el centinela avanzado de nuestro continente hácia el Norte. En estas islas, donde reina el invierno durante diez meses del año, se estingue la vida orgánica falta de calor y luz; en ellas recoge el naturalista las últimas plantas y observa los últimos animales; en ellas está el extremo límite de la Flora y Fauna europeos. Mas allá todo está muerto, pues una capa de eternos hielos se estiende hasta el polo boreal. En el mismo Spitzberg las nieves no se funden sino en la orilla de la mar, en localidades privilegiadas; pero las montañas permanecen blancas aun durante los tres meses de verano. Todos los valles están colmados de hielos que descienden hasta el mar; así que estas mismas islas son la imagen fiel de la época geológica que precedió inmediatamente á la nuestra, ó sea la época glaciaria. Durante este período, un manto de hielo cubría todo el Norte de Europa hasta los 53° de latitud, todos los valles de las cadenas de montañas, como los Vosgos, el Jura, los Alpes, los Pirineos, los Carpatos, el Cáucaso, el Himalaya y aun los de la Nueva-Zelanda, estaban ocupados por hielos que se extendían mas ó menos lejos en las próximas planicies. El Spitzberg realiza, pues, á nuestros ojos la

imagen de una fase geológica, cuyos vestigios se encuentran casi por todas partes. El escaso número de plantas y animales que viven en estas islas, son los que mejor resisten el frío y menos necesitan de ese calor solar que es el origen vital de los seres organizados. Bajo este doble punto de vista, el cuadro físico de esta porción de tierras árticas, trazado por el viajero que lo ha visto en dos ocasiones diferentes, se completa en el estudio de las antiguas y modernas exploraciones y merece esponerse ante el público ilustrado á quien interese la descripción é historia de nuestro planeta. El archipiélago del Spitzberg se compone de una isla principal que da su nombre á todo el grupo, y de otras dos grandes islas desiguales, la mas pequeña al Sur y la mas grande al Norte, la tierra de los Estados y la tierra del Nordeste. La isla Prince-Carlos está situada en la costa occidental y una serie de islotes llamados las Siete-Islands, avanza directamente hácia el polo. El islote de la Mesa (*Table*) es la última roca que surge en el seno del Mar glacial. Antes de describir el Spitzberg, tracemos, siquier rápidamente la historia de su descubrimiento y de las exploraciones de que ha sido teatro.

Descubrimiento y exploraciones de Spitzberg.

A fines del siglo XVI, los holandeses emancipados